
LAS EXPRESIONES IDIOMÁTICAS Y SU APRENDIZAJE

Fernando Llanos Gutiérrez¹

Cómo citar: Llanos Gutiérrez, F. (2007). Las expresiones idiomáticas y su aprendizaje. *Página y Signos: Revista de Lingüística y Literatura*, 1, 88-100.
<https://doi.org/10.5281/zenodo.10995244>

RESUMEN

El ensayo *Las expresiones idiomáticas y su aprendizaje* parte de la afirmación de que los métodos y manuales de enseñanza de lenguas, como L2 o lengua extranjera, no otorgan la debida importancia a las expresiones idiomáticas, a pesar de su frecuente uso en una situación de interacción comunicativa. Frente a este descuido, el autor propone que el aprendizaje de estas expresiones implica el conocimiento de lo más íntimo del lenguaje de cada cultura en su manera de percibir el mundo.

Este análisis establece, como punto de partida, la elaboración de un concepto entendible de lo que son estas expresiones, confundidas, a menudo, con otras unidades léxicas. También constata que las expresiones idiomáticas están presentes en todas las variantes de la lengua y no solamente en la estándar, que es en la que se centran los métodos. Posteriormente, el autor hace una revisión de la metodología para su enseñanza, en cuanto a los distintos enfoques empleados y algunos criterios para seleccionarlas. El trabajo concluye enfatizando que las expresiones idiomáticas deberían ocupar un sitio especial en cualquier proceso de enseñanza de una nueva lengua.

Palabras clave: expresiones idiomáticas, variantes de lengua, enseñanza de lenguas.

¹ Docente de Semiología y Lengua Francesa de la Carrera de Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas de la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba - Bolivia.

En el presente artículo se propone una serie de reflexiones sobre las expresiones idiomáticas y su aprendizaje en una segunda lengua, L2 o lengua extranjera, cualquiera que ésta sea, como producto de la experiencia de enseñar español a extranjeros de diferentes nacionalidades y el francés como lengua extranjera durante varios años; por lo que, a lo largo del trabajo, se empleará ejemplos en estas dos lenguas, principalmente, aunque intentamos variar los ejemplos con expresiones de otras lenguas romances.

A pesar del frecuente uso de las expresiones idiomáticas en una situación de interacción comunicativa, los métodos o manuales de aprendizaje de lenguas extranjeras no les otorgan la importancia debida al centrarse, éstos, en la variante estándar, lo que impide un mayor y mejor conocimiento de las expresiones idiomáticas empleadas también en las otras variantes. La importancia del aprendizaje de estas expresiones surge de la mera necesidad de comunicación entre los individuos en un mundo globalizado donde la movilidad física es cada vez mayor y el fenómeno migración resulta una actividad cotidiana, además de las múltiples formas de comunicación que hoy en día se tiene, entre ellas la del Internet, donde se percibe, en múltiples lenguas, variantes empleadas ya en el chateo ya en la literatura existente. La importancia reside, también, en la urgencia cada vez mayor de conocer la cultura de la segunda lengua que se aprende, partiendo del convencimiento de que el lenguaje refleja, de una u otra forma, la manera de ver el mundo o cosmovisión de cada cultura, recordemos las tesis de Sapir y Worf.

Por otro lado, tratamos de elaborar un concepto más o menos comprensible de lo que son las expresiones idiomáticas, que no siempre son clara y netamente diferentes de otras unidades léxicas; además, insistimos en el hecho de que ellas están regadas desde la variante culta hasta la popular pasando por la estándar y la coloquial, por lo que su aprendizaje supone el agrandamiento y enriquecimiento del registro de quien aprende una segunda lengua. También nos animamos a sugerir, al final y a grandes rasgos, algunos criterios para ser tomados en cuenta a la hora de enseñar y aprender las expresiones idiomáticas en el aula, no sin antes probar que, a través de lo lingüístico, la mejor manera de conocer lo íntimo de las culturas ajenas, cuyas lenguas aprendemos, es a través, precisamente, de sus expresiones idiomáticas.

Aprender una segunda lengua, extranjera o no, supone el empleo de un método que, en general, prioriza la lengua estándar. Ello significa avocarse a las reglas morfo-sintácticas, fonético-fonológicas, principalmente; de este modo, se descuida las otras variantes como la coloquial o la popular. Aunque el lenguaje coloquial es oral y espontáneo y flexibiliza las “reglas”, propias del estándar, éste no se realiza de la misma manera en todos los hablantes ya que intervienen factores socioculturales que pueden observarse en diferentes niveles como en los usos regionales y dialectales, además de la edad, sexo, nivel social y la situación comunicativa concreta. Por esto, su aprendizaje resulta más complejo en comparación con el estándar y, aparentemente, menos “práctico” para la comunicación, ya que el estándar nos permite comunicarnos en cualquier país donde se hable la lengua que se aprende, mientras que con las otras variantes no sucede lo mismo, pues tendríamos que conocer, sobre todo, el léxico coloquial y popular propio de cada país, región, donde, sin embargo, se habla la misma lengua.

Aunque aprendamos el estándar de una segunda lengua, la comunicación no siempre resulta fácil. Esto lo comprobamos, por ejemplo, cuando viajamos a cualquier país extranjero cuya lengua aprendimos, y comprobamos en situaciones “reales”, en la calle, lo poco que sabemos; o cuando necesitamos extender un significado más allá de su sentido literal como lo hacemos con la lengua materna.

En las clases de lengua extranjera, los estudiantes que poseen un nivel más o menos avanzado de lengua suelen sentir la necesidad de expresar secuencias, de ideas o sentimientos, cuyas estructuras lingüísticas desconocen en el idioma que están adquiriendo y no las encuentran, con frecuencia, en los métodos. Entonces, ocurren dos fenómenos: el estudiante “corre el riesgo” y traduce, literalmente, la expresión de la lengua materna; o es más cauto y pregunta al profesor por su equivalente. Luego aprende que por más que las expresiones sean muy parecidas, no siempre son iguales: *être blanc comme neige* (francés), “ser blanco como la nieve”. Así, descubre que una misma idea puede expresarse de manera muy diferente, dependiendo del contexto, en una segunda lengua: “no ser ni chicha ni limonada”, en francés se diría *n’être bon à rien* (no ser bueno para nada) y en italiano *non essere né carne né pesce* (no ser ni carne ni pez). Al intentar traducir, literalmente, *quand les poules auront des dents*, como “cuando las gallinas tengan dientes”, sabrá que es una expresión inexistente en

su variante dialectal y que tiene el equivalente a “cuando el higo florezca” o en el dialecto español “cuando las gallinas meen”. Incluso, aprenderá que la idea que quiere expresar tiene su equivalente contrario en la otra lengua, tal es el caso, en español, de “perderse” en la argumentación, que en inglés sería el sentido inverso **buy the way** a propósito, literalmente por el camino.

Sea como fuere, no todos los estudiantes tienen conciencia de la importancia de incorporar en su léxico lo que, frecuentemente, solemos llamar como “expresiones idiomáticas”, que son particularidades del idioma que atingen a la fraseología, y que han existido desde los comienzos del lenguaje. A diario, empleamos expresiones desde hace centenares de años, fosilizadas, y, al mismo tiempo, muchas de ellas que pertenecen al pasado no se utilizan hoy día. Vivimos creando constantemente expresiones que reflejan el mundo en el que habitamos, exigidos por los avances tecnológicos, económicos y políticos de un mundo “globalizado”.

Georges Mounin (1979) define la fraseología, en general, como “el conjunto de los tipos de oraciones propias de una determinada lengua. Como existe en cada lengua una diferenciación social e individual del lenguaje, se suele hablar de la fraseología de un grupo social o de una persona”. Entendemos, en otras palabras, que la fraseología se ocupa del sistema de particularidades expresivas ligadas a las condiciones sociales en las cuales la lengua es actualizada.

Estas particularidades son indispensables en la idea corriente, concreta, práctica que tenemos del lenguaje. Profesor, ¿cómo digo “vivo donde el diablo perdió el poncho”? ¿Se puede traducir? A pesar de que la traducción literal puede aproximarnos, en ciertos casos, a la expresión en el otro idioma, conviene conocer la construcción original, ya que ésta puede ser imprevisiblemente diferente, como ya lo comprobamos; de otro modo, ¿cómo traducir “*llueve paraguas*” (coreano), “*llueve bastones*” (sueco) o “*llueve perros y gatos*” (inglés)? Y, ¿cómo traducir **papa wayk’u** al francés? En este último caso, las opciones variarán: si consideramos que en quechua la expresión es llana y significa, solamente, papa cocida, en la lengua de Molière **pomme de terre cuite** no guardaría el sentido del quechua, por lo que habría que recurrir a la expresión metafórica, “original”, **pomme de terre en robe de champ**, (papa con vestido de campo).

Entre los elementos de la lengua que se deben adquirir para expresarse, no solamente figuran las palabras, sino también grupos de palabras, como ya dijimos, más o menos imprevisibles en su forma, algunas veces, y siempre en su valor. Esto lo constatan los extranjeros que aprenden el francés, por ejemplo. Conocer el sentido de las palabras **avoir**, **chat** y **gorge**, y las reglas de sintaxis que permiten juntarlas o combinarlas, no es suficiente para comprender y, con mayor razón, para emplear correctamente: **“avoir un chat dans la gorge”** (estar muy ronco). Podremos decir que se trata de un “galicismo” en la medida en que la traducción castellana de las palabras *avoir*, *chat* y *gorge*, con la gramática adecuada, no producirán, forzosamente, equivalentes de la locución francesa. Lo mismo pasa, lo sabemos, con la formación de palabras derivadas y compuestas. Allá donde el francés construye *téléphone* con elementos extraídos del griego y *pomme de terre*, con palabras ya existentes en la lengua, otras lenguas recurrirán a la composición, *fernsprecher* (alemán), o utilizarán un signo simple e inanalizable como *potato* (inglés).

Así, un léxico no se define únicamente por elementos mínimos ni por palabras, simples y complejas, sino también por secuencias de palabras convenidas, fijadas, que reflejan la manera de ver el mundo de una cultura, cuyo sentido, muchas veces, es apenas previsible: “vivir donde el diablo perdió el poncho” no es, precisamente, vivir allá donde el rey de las tinieblas perdió una prenda de vestir abrigada; o **“envoyer sur les roses”** (francés) no es *mandar a alguien sobre las rosas*, cuando queremos significar “deshacernos de alguien”. Estas secuencias son llamadas, generalmente, **expresiones**, como la primera y **locuciones**, en el caso de la segunda.

Aunque los dos términos recubren dos aspectos de una misma realidad y, frecuentemente, son empleados como sinónimos, conviene aclarar que locución es exactamente “manera de decir”, manera de formar el discurso, de organizar los elementos disponibles de la lengua para producir una forma funcional; es por eso que podemos hablar de locuciones adverbiales, exclamativas o prepositivas. Por su parte, la expresión, si bien es, también, una manera de expresar algo, implica una retórica y una estilística; supone el uso de un tropo o “figura”, principalmente metáfora, metonimia, sinécdoque, etc.

La metáfora, base de la expresión idiomática, en palabras de Lakoff y Johnson (1998) no es sólo el embellecimiento retórico, sino una parte del lenguaje

cotidiano que afecta al modo en que percibimos, pensamos y actuamos. Las metáforas impregnan nuestra lengua hasta el extremo de que la familiaridad con ellas impide, con frecuencia, que sean percibidas como tales. Como ocurre a menudo con las actividades experiencialmente próximas al hablante, las que se convierten en metáforas de otras más abstractas, así la metaforización va apareciendo poco a poco: **leí bastante a Borges**, (por las obras); **25 mil almas asistieron al estádium** (por personas), **me tomé dos botellas** (por el contenido); **ella no tiene corazón** (por los sentimientos).

La explicación de la metáfora, como recurso de significación, está inseparablemente vinculada al proceso por el cual la lengua se refiere a aquella parte de la realidad que es necesaria para la cultura. Willam Hurtado de Mendoza Santander (2001) afirma que esta capacidad de significar, tanto la realidad noológica (correspondiente al dominio del espíritu), como la cosmológica, e inmersa en ella, la de la propia sociedad usuaria de la lengua, se sujeta a una racionalidad o lógica particular de cada cultura. En este entendido, el proceso de metaforización no puede explicarse desde una incompatibilidad lógica. Aunque el lenguaje de toda persona razonable pretende ser lógico, la metáfora no lo es. La aceptación de la ruptura de la lógica es lo que permite su correcta interpretación por parte del destinatario del mensaje; sólo de este modo podemos significar en inglés ***It rains cats and dogs***, “llueve gatos y perros”, para referirnos a una lluvia torrencial. Ahora bien, cabe recordar que esta interpretación es dada en el nivel pragmático, encargado de estudiar las diversas maneras que tiene la lengua de funcionar en el proceso de comunicación.

Desde la perspectiva pragmática, entonces, las metáforas son usos del lenguaje, en tanto expresiones de uso generalizado, validados al interior de una sociedad y de una cultura, en la que los usuarios de la lengua correspondiente asumen el principio de la cooperatividad y, gracias a una capacidad cognoscitiva general que es la de razonar analógicamente sobre la estructura y el uso del lenguaje, convierten en pertinente aquello que era impertinente o, inclusive, incoherente; es decir que se da el sentido requerido a la expresión. Tomando una expresión idiomática en quechua, propuesta por Willam Hurtado (2003), podemos ilustrar la reflexión hecha: ***Wayranmi chay warmita, chaymi chayta rimashan*** (el viento ha entrado en esa mujer, por eso está hablando de tal manera).

La metáfora campea en todas las variantes de una lengua. Aunque, en palabras de Raúl Bueno Chávez (1987), el lenguaje coloquial normalmente fija su referencia en la realidad inmediata, empírica, y en el desempeño práctico, mientras que el culto o poético instaura su propio referente, funda una realidad con distintos grados de extensión y autonomía, evoca algo que no tiene que ver con la realidad inmediatamente constatable por lo que, como ya lo manifestamos, no siempre estamos conscientes de sus metáforas; así, su empleo resulta ser muy “natural”. Pensemos, a manera de ilustración, en la expresión francesa ***lancer la balle***, en español “lanzar la pelota”, en ambas lenguas el término “lanzar” resulta ser la metáfora de la lanza; así como la expresión “atenazar” que utiliza Luís Espinal en *Gastar la Vida*, “un terrible instinto de conservación nos atenaza...” (nos sujeta, firmemente, como con tenazas).

Cuando nos referimos a alguien que habla incoherencias, porque está con fiebre “alta”, y habla incoherencias, solemos decir que “delira”, término que viene del latín ***delirare*** que ya es la metáfora de “salirse del surco” (el buey deliraba), de lo recto, de lo correcto, de lo lógico, alejarse de la realidad. Recordemos que *delirar* bien podría emplearse en la variante culta, que J. Luís Fuentes (1996) llama lenguaje especializado, en el lenguaje literario o en el científico de cualquier lengua romance. Lo mismo ocurre con “ilustre” que empleamos, como término de la variante culta, para referirnos por ejemplo a “un ilustre personaje” al que jamás le diríamos “personaje de buenos rebaños”, que es lo que la palabra en cuestión significa.

Términos como “pecuniario”, tomando el ejemplo de Félix Restrepo (1974), del lenguaje culto, equivalente a “dinero”, del estándar, viene de la metáfora ***pecus*** (latín) que es “res”, o sea que se habla de riqueza en reses o ganado. De todas formas, cuando empleamos estas expresiones metafóricas del lenguaje culto, no necesitamos recurrir al principio de cooperatividad, anteriormente explicado, puesto que no se tiene conciencia de su carácter metafórico, precisamente. No sucede lo mismo con expresiones como “poner todas las carnes en el asador”, que podría emplearse en el lenguaje popular, en general, o en alguna jerga como la futbolera, cuando nos referimos a que el técnico emplea a sus mejores jugadores en la disputa. Esta suma de metáforas constituye ya una alegoría, tan igual a “negros nubarrones invadieron su mente” o “desvían los sueños por canales falsos”, aunque estas últimas “suenen” más poéticas y más cultas.

De esta manera, las metáforas empleadas en las expresiones idiomáticas forman parte cotidiana del lenguaje en todos sus niveles. Algunas caerán en desuso, otras permanecerán vivas por siglos, así las empleemos como si no lo fueran, y veremos nacer nuevas, constantemente: lo que hace poco era un auto “chuto” porque no poseía papeles legales de importación, hoy puede ser uno “trucho” porque no es original, ya que el volante fue cambiado de lado, o “transformer”. Y todo lo que no es original en el comercio resulta ser “trucho”.

Ahora bien, a la hora de hablar de expresiones ponemos todo en el mismo saco sin importarnos el problema terminológico y conceptual, entonces resulta que los modismos, idiotismos, locuciones, timos, muletillas, clichés, giros, frases hechas, dichos, refranes e incluso los proverbios, son expresiones. Sin embargo, conviene aclarar que aunque todas son unidades léxicas, los autores suelen diferenciarlas aunque no siempre de manera clara y neta, como lo manifestamos anteriormente. A pesar de la variedad de términos existentes para referirse a las expresiones idiomáticas, muchos autores, entre ellos Sevilla Muñoz (1993), coinciden en que éstas son expresiones de dos o más palabras que comparten las características de **estabilidad** e **idiomaticidad**.

La primera se referiría a que las expresiones idiomáticas no permiten cambios en el orden de sus elementos, ni alteración en el número de sus componentes, ni conversiones a pasivas, ni derivaciones u otros procesos de formación de palabras, ni sustitución por sinónimos, ni cambios en la gradación del adjetivo. La segunda implicaría que el sentido de estas expresiones idiomáticas no pueden establecerse a partir de los significados de sus elementos componentes ni del de su combinación y que deben ser completadas por otras palabras para poder formar un enunciado.

En cuanto a la metodología empleada para la enseñanza y aprendizaje de las expresiones idiomáticas, el aprendizaje del léxico entre 1941 y 1970 pasó a un segundo plano en los programas de estudio de segundas lenguas, según Alicia de la Peña (2005), época en la que se enfatizó la enseñanza de la gramática, pues se argumentaba que en épocas anteriores muchos pensaban que el vocabulario era la única herramienta necesaria para aprender una lengua extranjera, incluso los estudiantes creían que solo necesitaban “munirse” de un gran número de palabras en la lengua que aprendían. Lo que sucedió entonces es que se pasó de un extremo a otro, en principio priorización del léxico y

olvido de la gramática para, luego, priorizar ésta en desmedro del léxico. De todos modos, desde finales de los setenta vuelve el interés por la enseñanza del léxico a través de diversas técnicas y se fundamenta la importancia de su estudio sobre todo en el enfoque comunicativo.

Se avanza grandemente no sólo en el aspecto de su enseñanza sino también del aprendizaje de este componente lingüístico. Un aspecto importante, por ejemplo, se refiere a la evolución de las teorías lingüísticas que tratan del almacenamiento de los elementos lingüísticos en nuestro “lexicón mental”.

La gran mayoría de las teorías lingüísticas actuales sugieren que los elementos léxicos que añadimos a nuestro lexicón mental están agrupados como series de opciones semánticamente relacionadas a partir de las cuales se puede construir un texto coherente. La existencia de estas series o conjuntos léxicos nos permite ver la estructura del lexicón mental como agrupamientos incluidos en patrones de referencia normalmente relacionados con un único tema. De la Peña explica que la noción de conjunto léxico se entiende mejor si hacemos referencia a un campo específico. Se entiende por campo la actividad concreta, la característica cultural, la institución social o el tema que se suele incluir en un determinado conjunto de elementos léxicos semánticamente relacionados. Lo que quiere decir que el almacén de palabras de una lengua se organiza alrededor de un número de áreas de significado, entonces el vocabulario se almacena de manera redundante, no sólo como morfemas individuales, sino también como parte de frases, o incluso como cadenas de habla más largas ya memorizadas. Las ventajas de esta prefabricación del discurso son, primero, que los elementos se encuentran de una forma más eficaz y por lo tanto rápida, lo cual mejora enormemente la fluidez del hablante, decir, casi “sin pensar”, ***je ne suis pas né de la dernière pluie*** (no nací ayer), cuando nos defendemos de una presunta ingenuidad que se nos atribuye, resulta tan fácil como decir ***comment allez-vous***. En segundo lugar, permiten a los hablantes dirigir la atención a la estructura del discurso (más amplia) y no solo centrarse en las palabras individuales que producen.

Considerando que lo que importa al momento de aprender una segunda lengua es que se la pueda usar para comunicarse, el enfoque que se emplea es precisamente el Comunicativo, en el que el lenguaje tiende a estudiarse como algo globalizado, como discurso o como texto, por lo que el estudiante trabaja

en el aula a nivel supraoracional o discursivo, aprendiendo sobre cohesión y coherencia. Aquí lo que importa es el proceso comunicativo y las relaciones que en el mismo se establecen entre los sujetos que interactúan, entonces la gramática y el vocabulario que se presenta a los estudiantes deriva de la función, el contexto situacional y el papel de los interlocutores. Es más importante el significado y no así la forma lingüística, por lo que el estudiante sabrá que puede cometer, por ejemplo, errores fonéticos o de pronunciación al hablar, y no será inmediatamente corregido o sancionado puesto que el objetivo es “hacerse entender”: lo que quiero decir prima sobre cómo lo estoy diciendo, así el aprendizaje resulta más “natural”. Con esto no se quiere afirmar que la competencia de producción y comprensión oral es lo único que se trabaja, también se trabaja expresión y comprensión lectora.

Las ventajas de enseñar las expresiones idiomáticas a través del enfoque léxico son muchas, entre ellas, De la Peña indica que su aprendizaje mejora la comprensión del alumno ya que son semánticamente opacas y no todas se encuentran en los diccionarios; su estabilidad facilita su memorización; su utilización mejora la expresión tanto oral como escrita, pues al estar lexicalizadas y al ser memorizadas como único bloque agilizan la comunicación ya que no es necesario que el estudiante componga o cree una oración completa en cada caso, sino que recurra a la utilización de estos bloques más extensos.

Tanto para quienes enseñan una segunda lengua como para los que la aprenden, conviene organizarse al momento de ocuparse del aprendizaje de las expresiones idiomáticas. Para esto existen variadas propuestas técnicas entre las que se puede destacar la de Sevilla Muñoz (1993) quien sugiere algunos criterios para seleccionar las expresiones idiomáticas, como el de la **utilidad**, que implica que la expresión enseñada será útil y provechosa para el estudiante por lo que vale la pena aprenderla; adecuar las expresiones idiomáticas, que de por sí presentan una dificultad intrínseca debido a su idiomatidad, al nivel de los estudiantes; otro criterio es el de las **necesidades** de los estudiantes que sería el más importante, ya que es él quien decide qué unidades necesita o quiere aprender.

El aspecto de cómo clasificar las expresiones idiomáticas también resulta importante para obtener mejores resultados en el aprendizaje; para esto, la

misma autora propone el criterio **gramatical**, que consiste en agrupar las expresiones según su estructura y elementos sintácticos, por ejemplo, expresiones que contienen verbos seguidos de un complemento directo, aunque este criterio no parece el mejor; otro es por **una palabra clave**, se selecciona una palabra importante y se facilitan todas las expresiones idiomáticas en las que ésta se incluye ; otro es el de los **campos semánticos** donde se selecciona las expresiones que contiene una palabra que pertenece a un determinado campo semántico como las partes del cuerpo o los colores; otro es por **temas**, por ejemplo, “el trabajo” y se presentan las expresiones relacionadas con él; éste es un criterio válido puesto que se pueden practicar en el mismo contexto significativo y el estudiante tendrá más fácil la tarea de recuperarlas durante una conversación sobre el tema en cuestión. Otro es por su **significado**, en el que se selecciona aquellas expresiones idiomáticas que están asociadas a una función comunicativa concreta, por ejemplo, “describir a una persona”, de esta manera la enseñanza de unidades léxicas complejas se integra a la perfección en la estructuración y organización de una clase programada siguiendo las directrices del enfoque comunicativo. En nuestra opinión, los dos últimos criterios serían los más eficaces, insistiéndose en que es necesario, siempre, animar a los estudiantes a expresar aquello que saben sobre un tema, las palabras que conocen, etc.

A manera de conclusión, debemos insistir en que a través de las expresiones idiomáticas apreciamos más profundamente una cultura que se manifiesta en su lenguaje. Reafirmamos que el aprendizaje de una lengua supone, siempre, el conocimiento de su cultura, por lo que el aprendizaje de las expresiones idiomáticas resulta imprescindible. Palabras y frases se desenvuelven más allá de su significado literal y rígido revelando un nuevo espíritu y propósito.

Cabe recordar, también, que el aprendizaje de las expresiones idiomáticas no supone una empresa fácil ya que, si bien podemos toparnos con términos transparentes, por la similitud de significante entre lenguas de un mismo tronco, como es el caso de la expresión “blanco como la nieve”, *blanc comme neige* (francés), *branco como a neve* (portugués), *bianco come la neve* (italiano), en la mayoría de los casos las expresiones presentarán una opacidad semántica considerable. En este entendido, conviene aceptar que la mera exposición a la lengua meta no es suficiente para que el estudiante adquiera el conocimiento de las expresiones idiomáticas. Por ello, es importante motivarlo constantemente

para que logre un aprendizaje y un dominio similar al de un nativo hablante, a través de adecuados procesos de enseñanza y aprendizaje, en los que se tenga en cuenta el uso, el registro y el nivel de lengua. El uso de estas expresiones refleja un progreso de un nivel básico a un nivel avanzado.

Se debe tomar conciencia, de igual manera, que sea cual fuere el modelo que tomemos como base teórica, el aprendizaje de las expresiones idiomáticas integra, por un lado, el conocimiento semántico de una lengua con la competencia gramatical o lingüística y, por otro lado, se trata de un conocimiento de las reglas de uso, es decir integra la competencia sociolingüística y la discursivo- pragmática. La falta de conocimiento, por parte del aprendiz de una segunda lengua, de determinadas reglas de uso, de los sentidos, de la situación y del contexto puede engendrar malentendidos, ruptura en la comunicación o irritación en el oyente. Por esto resulta imprescindible enseñar a los estudiantes cómo los usuarios de una lengua (la que se aprende) las emplean en situaciones concretas de comunicación.

Finalmente, hay que reconocer que, sea que se aprenda una lengua extranjera o una segunda lengua, las expresiones idiomáticas deberían ocupar un sitio especial en el proceso. Resulta imperativo sacarlas del olvido en el que las sumergen muchos métodos o manuales y de acabar con el tratamiento superficial que reciben, sobre todo en el caso de los manuales de aprendizaje de una L2 (pensemos en los de quechua y castellano) utilizados en una clase intercultural.

BIBLIOGRAFÍA

Bueno, Raúl

1987 **Lenguaje y Concepciones del Mundo.** Lima: Asociación Cultural Peruano-Alemana.

Domínguez, G. y otros

1988 **El Español Idiomático.** Barcelona: Ariel

Fuentes, J. L.

1994 **Comunicación: Estudio del Lenguaje.** San Pablo: Bibliografía Internacional.

Hurtado, Willam

2001 **Pragmática de la Cultura y la Lengua Quechua.** Lima: Universidad Nacional Agraria La Molina.

Kerbrat-Orecchioni, Catherine

1998 **Les Interactions Verbales,** Tomo 3. Paris: Armand Colin.

Lakoff, Georges. Johnson Mark

1998 **Metáforas de la Vida Cotidiana.** Madrid: Cátedra.

Mounin, Georges

1979 **Diccionario de Lingüística.** Barcelona: Labor, S.A.

Restrepo, Félix

1974 **El Alma de las Palabras.** Bogotá: Caro y Cuervo.

Rey, Alain. Chantreau, Sophie

1990 **Dictionnaire des Expressions et Locutions.** Paris : Les Usuels Robert.

Sevilla, Julia

1993 **Hacia una Aproximación Conceptual de las Paremias Francesas y Españolas.** Madrid: Complutense.

Peña de la, Alicia

2005 **Propuesta Metodológica para Enseñar Expresiones Idiomáticas.** Biblioteca Virtual.